

EDUARDO RIVERA

Estado de excepción



I. La inocencia

Sujeta a su cadera como a una plegaria, con las uñas hundidas en sus nalgas como en la cáscara de una fruta cuyo zumo está a punto de libar, la mujer se acerca al sexo de aquel hombre, de pie junto a la cama. Para ella, ese miembro lánguido es el símbolo de una derrota que habrá de tomar entre sus manos, aunque no recuerde del todo por qué o cuándo cedió el campo y las armas de esa batalla.

Junto al cuerpo de ese hombre, un espejo de piso da la impresión de ampliar la habitación. La mujer encuentra con su mirada ese espejismo y se mira en él; su desnudo es tan poco discreto como su peso, y su memoria, disminuida; el tiempo no le rinde tributo alguno a su cuerpo, ni al de su amante. Él no presta atención a esa mirada en fuga; la imagen de esa mujer, de hinojos frente a él, lo seduce: la toma por la nuca y reduce la distancia que ella no termina por completar, pero su movimiento es de una rapidez egoísta. Por fuerza, la mujer ha debido de respirar el aroma acedo que emana del vello hirsuto. La mujer gime; al menos eso parece; lejos de excitarse, sabe que el gesto robótico de su amante no nace de la pasión sino de la soledad o el desencanto. En el fondo, ella sabe que todo espejo deforma.

De pronto el recuerdo de su cuerpo virgen retorna al ámbito de su mirada. Su mente reconstruye para sí la turgencia de sus senos, la firmeza y el ritmo en su vientre, la humedad

novísima de su sexo, justamente antes de conocer al hombre primero, al del dolor y los arrepentimientos; aquel primer egoísta en una larga sucesión de oprobios.

Decidió recobrar únicamente la ilusión de la imagen, como si estuviera en su poder devolverle a su cuerpo el delgado aroma a menta trasnochada o la saciedad inane de sus senos erguidos. El candor de sus maneras juveniles era imprescindible entonces, cuando las habitaciones no olían a jazmines sino a castigo; entonces, cuando lo prohibido no era un juego de renovación, sino la regla predominante.

Tras una última mirada al espejo, la mujer abraza la cintura de su amante y, lenta, se yergue. Cubre los ojos del hombre como si él mismo fuese sus recuerdos, y decide mostrarle cómo quiere ser habitada durante ese instante.